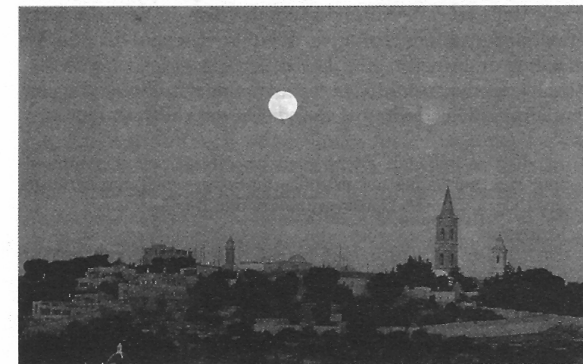


El Sionismo y el Estado de Israel



La Luna sobre el monte de Sión

Por siglos los judíos vivieron añorando la tierra de Israel, o *Eretz Israel*, que había sido prometida a Abraham y a su descendencia. De hecho, aun en las condiciones más adversas nunca dejó de haber judíos en Palestina, y la esperanza de los desterrados de la Diáspora de retornar un día a su terruño siempre permaneció viva.

A lo largo de los siglos no faltaron intentos de restauración. En el año 362, el emperador Juliano el Apóstata anunció la reconstrucción del Templo de Jerusalén. En 443 la emperatriz Eudisia se estableció en Jerusalén, y se alentaron las esperanzas de retorno. En ambos casos, las expectativas quedaron insatisfechas. Por el contrario, tras la conquista de Palestina por el Islam en 638 hubo mayor tolerancia y muchos judíos retornaron. A fines del siguiente siglo los karaítas fundaron una comunidad en Jerusalén, que perduró muchos años. Por la misma época en que Judá Halevi daba expresión a la nostalgia de la tierra en sus *Siónidas*, la comunidad karaíta de Jerusalén tuvo un trágico final a manos de los cruzados.

En el siglo XIII hubo una fuerte inmigración judía, proveniente del norte africano, de Inglaterra y de Francia. Otra infusión de sangre judía se debió a la expulsión de los sefardíes de la península ibérica: en los siglos XVI y XVII se establecieron comunidades y centros de estudio en Jerusalén, Tiberíades, Hebrón y Safed. En esta última ciudad

«llegó a haber dieciocho escuelas rabínicas y veintiuna sinagogas, animadas por grandes maestros como Jacob Berab, José Caro, Moisés Cordovero... e Isaac Luria».¹

En 1561 el sefardita José Nassí, duque de Naxos, obtuvo autorización de Solimán el magnífico para instaurar un principado judío en Tiberíades, que representó el primer intento moderno por restaurar la soberanía política judía en Eretz Israel; el proyecto fracasó.

Nace el Sionismo

Aunque no carecía de antecedentes, el sionismo como movimiento social, cultural y político había de nacer recién en la segunda mitad del siglo XIX. El término mismo fue acuñado por Nathan Birnbaum en 1890, para describir un movimiento cuyo objetivo era el de permitir el retorno del pueblo judío a Eretz Israel. Sión era el nombre de una de las colinas sobre las que asentaba Jerusalén, que por extensión se aplicó luego a la ciudad entera, y más tarde a toda Eretz Israel.

El nacimiento del sionismo estuvo condicionado por una serie de factores. La *haskalá* o Iluminación judía había propiciado el progreso cultural de los hebreos, y la Revolución Francesa había proclamado su igualdad de derechos. No obstante, la situación de los judíos europeos era muy dispar en el siglo XIX. Por ejemplo, no podían compararse los judíos británicos o franceses con los polacos o ucranianos. Además, en la segunda mitad de ese siglo el surgente nacionalismo europeo generó una actitud xenófoba (antiextranjera) que con frecuencia se expresó como una judeofobia manifiesta o embozada. Por otra parte, los mismos movimientos nacionalistas europeos despertaron en los judíos sus propios sentimientos nacionales, al tiempo que desalentaban de hecho las corrientes partidarias de la asimilación, las cuales intentaban promover la fusión cultural y social de los hebreos con sus compatriotas no judíos. En fin, la conciencia judía fue acicateada por las olas de persecuciones o *pogroms* contra los judíos rusos, que se iniciaron en 1881.

Hasta esta época, el retorno a Palestina había sido concebido y vivido sobre todo a partir de su sentido religioso, a partir de las promesas bíblicas sobre la Tierra Prometida, y la mayoría de los judíos pensaba que el retorno solamente sería posible por intervención divina directa, cuando viniese el Mesías.

«Tan tardíamente como en 1840, hubo un rumor muy difundido en los Balcanes y en Europa oriental de que había arribado el año mesiánico, que estaba destinado a traer el gran punto de cambio en la historia judía.»²

Empero, los acontecimientos contemporáneos convinieron a algunos de que no había que esperar una intervención milagrosa, sino que la iniciativa del retorno podía y debía surgir de la acción humana. Esta nueva actitud, sin abandonar la perspectiva religiosa –y de hecho, interpretando la liberación propuesta en términos de las profecías bíblicas– propiciaba así la acción directa de los judíos.

Las dos figuras claves de este desarrollo fueron dos rabinos, uno rumano y el otro alemán, llamados, respectivamente, Judá Alkalai (1798-1878) y Zevi Hirsch Kalischer (1795-1874). El otro precursor inmediato del sionismo fue Moisés Hess (1812-1875), quien sin embargo partió de diferentes motivaciones. Filósofo y revolucionario socialista, Hess basó sus propuestas en la recuperación del espíritu nacional judío y en su opinión de que la deseada emancipación judía estaba lejos de concretarse en las circunstancias políticas de entonces. En su libro *Roma y Jerusalén* (1862), con obvias influencias del romanticismo nacionalista contemporáneo, Hess proponía un «renacimiento nacional» según el modelo europeo. Este intelectual, distanciado de la tradición del judaísmo ortodoxo, fue el padre legítimo del sionismo socialista.

«Así, Hess y sus dos contemporáneos, Alkalai y Kalischer, prefiguran los dos tipos principales de sionismo: uno debía vencer los elementos milagrosos del mesianismo tradicional; y el otro, habiendo abandonado completamente la tradición, debía recuperar sus implicaciones sociales y políticas.»³

Primeras Organizaciones Sionistas

Los citados precursores no obtuvieron apoyo para sus ideas sino hasta la década de 1860, el cual se reforzó por las persecuciones ocurridas en Rumania en la década siguiente y los pogroms rusos en la subsiguiente. Hasta entonces, no había habido desplazamientos cuantitativamente importantes de judíos hacia Palestina. Desde aquel tiempo, surgieron en Rusia y en Europa oriental asociaciones que vindicaban los derechos históricos de los judíos para retornar a la tierra de sus ancestros.

El primero de estos movimientos fue fundado en 1882 en Cracovia (Rusia) y se denominó *Bilú*, iniciales del texto hebreo de Is. 2:5. Su objetivo confeso era «el avivamiento político-económico y nacional-espiritual del pueblo judío en Siria y en Eretz Israel». Los iniciadores de este movimiento emigraron y se relacionaron con los judíos palestinos, iniciando sus tareas de asentamiento en un terreno muy inhóspito. Por aquella misma época, las comunidades judías de Rumania, Polonia y Rusia originaron el *Jibbat Zion* o Amor de Sión, cuyos miembros luego se federaron con el nombre de *Jovevei Zion* o Amantes de Sión.

El principal ideólogo del *Jibbat Zion* fue Judá Leib Pinsker, quien exhortó duramente a los judíos para despertar su conciencia nacional en su folleto *Autoemancipación*. Decía, por ejemplo:

«Judíos, sois cándidos y despreciables. Cándidos porque esperáis equivocadamente de los hombres un sentimiento humano que no existe... despreciables, porque no tenéis orgullo nacional. ¿Qué hacer? Los judíos deben dejar de ser vagabundos, intrusos y apátridas. Deben... adquirir una tierra propia sobre la que puedan vivir como nación. Solamente entonces recuperarán la plenitud de vida y serán hombres como los demás.»⁴

Las esperanzas de este movimiento en lograr apoyo concreto para el establecimiento judío en Eretz Israel por parte

de asociaciones filantrópicas como la *Alianza Israelita Universal* se vieron pronto desalentadas. Estas asociaciones estaban más interesadas en promover la emigración hacia los Estados Unidos, donde entre 1896 y 1914 ingresaron más de dos millones y medio de judíos provenientes de Europa oriental, o hacia otros países como la Argentina. Pese a la falta de apoyo, los más decididos del Jovevei Sión emigraron a Palestina.

«Para los Amantes de Sión, el retorno a Israel implicaba el regreso a la tierra, y aunque carecían totalmente de experiencia en las faenas agrícolas, fundaron varios centros rurales dedicados a distintos cultivos.»⁵

Más tarde apareció el apoyo de asociaciones que, como el *Fondo Nacional Judío*, financiaron la compra y preparación de tierras para la agricultura.

Uno de los inspiradores del Bilú que emigró tempranamente a Palestina fue el filólogo y lexicógrafo Eliezer ben Yehudah. Con «santo fanatismo» se dedicó a modernizar el hebreo y a aplicarlo como lengua viva y común de los colonos judíos de Palestina. Si se repara en la diversidad de procedencias y de lenguas de los inmigrantes, se entenderá que la institución de una lengua común, que por lo demás era histórica y bíblica, tuviera un papel fundamental en el cumplimiento del sueño sionista.

Paralelamente hubo, además, un renacimiento del hebreo en la Diáspora, que fue propulsado sobre todo por los poetas Saúl Chernicovsky y Jaim Najman Bialik, que fue denominado «el poeta del retorno a Sión». La tendencia a la exaltación de los valores culturales del judaísmo determinó un nuevo énfasis y un movimiento que con justicia puede llamarse *sionismo cultural*, en contraste con el *sionismo práctico* de los primeros inmigrantes. El mayor exponente del sionismo cultural fue el filósofo Asher Ginzberg (1856-1927), más conocido por su pseudónimo *Ajad ha-'Am*, Uno del Pueblo.

Theodor Herzl y el Sionismo Político

La tercera vertiente del sionismo fue la *política*, y su principal abanderado el abogado Theodor Herzl (1860-1904). Periodista por vocación, al principio consideraba que la solución del «problema judío», que tanto le preocupaba, era la asimilación de su pueblo a la cultura y la vida europeas, lo cual obviamente implicaba la desaparición de la identidad judía y del pueblo judío *como tal*.

Empero, tal posición cambió profundamente con el comienzo de los pogroms primero, y de manera decisiva con la ola de judeofobia impulsada en Francia —precisamente en la cuna de la emancipación judía!— con motivo del juicio por alta traición del capitán judío francés Alfred Dreyfus en 1894. Testigo presencial de los hechos como corresponsal en París de un periódico vienés, Herzl se tornó desde entonces el principal defensor de la necesidad de poseer un estado judío soberano, y expuso esta tesis en su obra *El Estado Judío* (1896). Allí defendía la preservación de la identidad judía y su florecimiento en un estado soberano, a ser establecido preferentemente en Eretz Israel. Para este fin previó dos organismos, uno dedicado a sentar las bases políticas y culturales, y otro al sostén económico de la empresa, que todos los judíos debían apoyar.

El Primer Congreso Mundial Sionista

El Primer Congreso Mundial Sionista se reunió en la ciudad suiza de Basilea en 1897, con la presidencia de Theodor Herzl. Allí convergieron diversas líneas sionistas, de modo que el Jibbat Zion se adhirió a la Organización Sionista fundada por Herzl. Desde entonces, el término sionismo se entendió mayormente en su sentido político, aunque en el Octavo Congreso (1907) Jaim Weizmann propuso el término «Sionismo Sintético» como una expresión conjunta

para designar dos tendencias que en el fondo se complementaban. En efecto,

«la actividad política carece de significado a menos que se base en el asentamiento práctico en Eretz Israel, y el asentamiento por sí solo no podía desarrollarse en las proporciones deseables sin el apoyo de los esfuerzos políticos.»⁶

En el primer Congreso se afirmó explícitamente: «El sionismo tiene como objetivo la creación de una patria en Palestina para el pueblo judío, garantizada por el derecho público internacional.» Herzl y sus colaboradores trabajaron incansablemente para obtener el apoyo de las naciones europeas y Turquía, que entonces tenía el control de Palestina. Dichas negociaciones no tuvieron resultados halagüeños. Probablemente por ello, en el Sexto Congreso (1902) Herzl puso a consideración una oferta del Secretario de Colonias británico, Joseph Chamberlain, para el establecimiento de un protectorado judío en Uganda (África occidental). Esta acción casi desmembró la Organización Sionista, debido a la enconada oposición de un sector liderado por los delegados rusos, para el cual el estado judío solamente podía establecerse en Eretz Israel. Finalmente esta posición predominó.

Las Inmigraciones

Hacia fines del siglo XIX había cerca de 80.000 judíos en Palestina, pero entre 1905 y 1914 hubo una segunda *Aliá* u oleada inmigratoria de judíos rusos. En 1909 se estableció la primera comunidad colectiva agrícola o *hibutz*, a orillas del lago Kinéret o Mar de Galilea. En el occidente se construyó la ciudad de Tel Aviv. Estos movimientos no fueron bien vistos por los palestinos no judíos, cuya hostilidad provocó la creación de la primera milicia judía, llamada *ha-Shomer*, El Guardián.

El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 tuvo

como resultado inmediato un empeoramiento de las condiciones de los judíos en Eretz Israel, muchos de los cuales fueron deportados por los turcos. La situación cambió de nuevo al ser derrotada Turquía por los ingleses. En el acuerdo secreto Sykes-Picot, Inglaterra y Francia acordaron excluir la zona al oeste del Jordán, de la independencia árabe. En 1917 el general Allenby tomó Jerusalén y puso fin a cuatro siglos de dominio turco; Palestina quedó de hecho bajo el control británico.

La declaración Balfour

Entre tanto, los prominentes sionistas Jaim Weizmann, Nahum Sokolow y Yehiel Chlenov negociaban ante el gobierno inglés para obtener un apoyo decidido a su causa. Debe destacarse que tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos el sionismo contaba ya con la adhesión de un grupo influyente de cristianos (véase más abajo, El Sionismo y el Cristianismo). En todo caso, la actitud favorable del gobierno británico se expresó en 1917 en la tan breve como famosa declaración de Lord Arthur James Balfour, dirigida a Lord Rothschild, en la que las motivaciones políticas se mezclaban con fundamentos de trasfondo religioso:

«Tengo el placer de hacerle llegar, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía hacia las aspiraciones sionistas judías, la que ha sido considerada y aprobada por el Gabinete:

“El gobierno de Su Majestad mira favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para facilitar el logro de este objetivo, entendiéndose claramente que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y status político que gozan los judíos en cualquier otro país.”

»Estaré agradecido de que haga conocer esta declaración a la Federación Sionista.»

A pesar de su buena voluntad, los ingleses se veían en figurillas para conservar el delicado equilibrio entre árabes y judíos en Palestina. El 3 de enero de 1919, Weizmann y el emir Feisal firmaron un acuerdo para el reconocimiento mutuo de árabes y judíos en Palestina. Aquel mismo año dieron comienzo la tercera y la cuarta Aliá, que hasta 1935 implicaron el ingreso de 144.000 judíos europeos, que fundaron establecimientos agrícolas. Con esto, la población palestina judía alcanzó en 1935 los 300.000 habitantes.

Estas inmigraciones no se hicieron en condiciones fáciles. Por ejemplo, mientras que en 1922 la Liga de las Naciones recomendaba a Gran Bretaña la facilitación del asentamiento judío, «reconociendo... la conexión histórica del pueblo judío con Palestina», el gobierno inglés restringía de hecho la inmigración debido a la presión árabe.

En el año 1929 hubo una matanza de los judíos establecidos en Hebrón. Los hebreos más decididos formaron en 1931 la Organización Militar Nacional, *Irgun Zevai Le'umi*, también conocida por su acrónimo IZL o Etzel; esta nueva milicia clandestina reprimió eficazmente los ataques árabes e incluso agredió a los británicos; el Etzel formó la base del ejército israelí tras la declaración de independencia de 1948.

En 1933 hubo una nueva oleada migratoria, la Quinta Aliá, de judíos alemanes prófugos del nacionalsocialismo, que en ese año había conquistado el poder. En 1936, la Liga de las Naciones otorgó oficialmente a Gran Bretaña el mandato sobre Palestina, incluyendo la ribera oriental del río Jordán. Entre ese año y 1939 se producen una nueva serie de motines en contra de los judíos. Mientras tanto (1937) Inglaterra propuso la partición de Palestina en dos estados, uno judío y otro árabe. La enconada oposición por parte de los árabes, tanto a este proyecto como a la inmigración judía

a Palestina, llevó a los ingleses en 1939 a establecer un cupo de 75.000 personas para la inmigración judía en el siguiente lustro. Esto detuvo los motines árabes, pero dio lugar a nuevas insurrecciones judías.

No parece que la vigilancia inglesa haya sido muy estricta, pues los judíos fugitivos de Europa la burlaron reiteradamente. Se estima que entre 1944 y 1948 ingresaron en Palestina de forma ilegal 200.000 judíos en la llamada *aliyah bet*, o inmigración clandestina. En 1947 había cerca de 600.000 habitantes hebreos. Como consecuencia, la situación palestina se hizo insostenible para Gran Bretaña en la Postguerra inmediata, lo que llevó a reiterar el plan de dividir el territorio en dos estados, esta vez ante las Naciones Unidas. La Asamblea General de las Naciones Unidas apoyó el plan inglés con 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones.

Dolores de Parto

Los judíos dieron su conformidad al proyecto, pero los árabes palestinos lo resistieron y abandonaron el territorio palestino a fin de que los árabes de países vecinos pudieran invadirlo y expulsar a los inmigrantes hebreos. Sin vacilar, en el mismo día que finalizaba el mandato británico, David Ben Gurión proclamó la independencia del Estado de Israel, que rápidamente se organizó y tuvo como primer presidente al doctor Jaim Weizmann. El nuevo estado fue reconocido minutos más tarde por los Estados Unidos y dos días después por la U.R.S.S. La declaración de independencia decía, entre otras cosas:

«La tierra de Israel fue la cuna del pueblo judío. Aquí se forjó su identidad espiritual, religiosa y nacional. Aquí alcanzó la independencia y creó una cultura de alcance nacional y universal. Aquí escribió la Biblia, que ofreció al mundo entero.

Exiliado fuera de la tierra de Israel, el pueblo judío perma-

neció fiel a ella en todos los países de su destierro, sin cesar jamás de orar y esperar el retorno y la restauración de su libertad nacional... En el año 1897, el primer Congreso Sionista, inspirado por la visión de Theodor Herzl sobre el estado judío, proclamó el derecho del pueblo a restaurar la vida nacional en su propia tierra.»⁷

Inmediatamente de ser proclamada la independencia, el nuevo estado debió soportar los ataques de sus vecinos árabes. Israel resistió a pie firme, y las hostilidades llegaron a su fin el 11 de marzo de 1949, con un acuerdo firmado entre árabes y judíos. En mayo de ese año, Israel ingresó como miembro de las Naciones Unidas, adquiriendo al mismo tiempo el compromiso de hallar una solución justa al problema de los refugiados palestinos no judíos, que habían abandonado el país en 1948.

«Cientos de miles... huyeron de Israel y hallaron asilo en refugios improvisados en Líbano, Siria y Jordán. Hasta 1965, Israel rehusó permitir el retorno de estos refugiados. Al presente [1984] han retornado y han sido repatriados por Israel alrededor de 30.000 palestinos, mientras que otros miles han ingresado ilegalmente... integrando la población actual de 180.000 árabes en Israel mismo... Pero muchos palestinos han permanecido desde entonces [1948] en campos de refugiados, y esto se ha transformado en uno de los mayores problemas en el Medio Oriente.»⁸

Los palestinos desterrados se nuclearon en la *Organización para la Liberación de Palestina* (OLP), cuyos guerrilleros y terroristas han producido numerosas víctimas civiles y pérdidas materiales. Por otra parte, el gobierno israelí no ha provisto hasta la fecha una solución razonable y justa al problema palestino. Por el contrario, se ha mostrado duro hasta la crueldad en sus tratos con los desterrados. Las matanzas de palestinos en 1982, sobre todo en Sabra y Chatila, llegaron a causar una horrorizada reacción en el mismo pueblo israelí, lo que produjo la destitución del ministro de Defensa, Ariel Sharon, del director de Inteligencia

Militar, y del comandante de las fuerzas israelíes en Beirut. Luego de la Guerra del Golfo Pérsico, resulta claro que debe darse alguna solución al problema palestino. Las facciones más conservadoras se inclinan por otorgar a los palestinos una autonomía individual, mientras que las más progresistas propulsan mayores concesiones y garantías.

El Estado Judío

Entre 1949 y 1951 casi 600.000 judíos procedentes de todo el mundo inmigraron a Israel, y el 23 de enero de 1950 la parte nueva de Jerusalén devino la capital del Estado Judío. Una nueva crisis sobrevino en 1956, cuando Egipto nacionalizó el Canal de Suez, y privó a Israel de una importante vía marítima. La reacción israelí fue fulminante, y sólo se detuvo por la presión ejercida conjuntamente por los Estados Unidos y la Unión Soviética. Desde ese tiempo, tropas de las Naciones Unidas fueron comisionadas para mantener una tensa paz, no exenta de episodios de violencia.

La presencia de las Naciones Unidas duró hasta 1967, año en que Egipto obtuvo su retiro y acto seguido cerró el paso de los judíos al estrecho de Tirán, quitándoles nuevamente una salida marítima de gran importancia. Los países árabes estaban listos para sofocar a Israel, cuyo presidente nombró al general Moshé Dayán ministro de defensa. Bajo su decidido liderazgo, el estado israelí tomó la ofensiva el 5 de junio de 1967, logrando una aplastante victoria sobre sus enemigos, que acordaron cesar las hostilidades el 10 de junio.

Tras esta victoria sobre egipcios, jordanos, sirios y árabes sauditas, Israel logró el control de la franja costera de Gaza, la península del Sinaí, la ribera oriental del Jordán y los altos del Golán. Además, ocupó el sector occidental de Jerusalén, que estaba en manos de Jordania; con ello la histórica capital de Israel fue reunificada. De este modo, la

llamada Guerra de los Seis Días tuvo un saldo favorable para los israelíes.

Un nuevo ataque egipcio y sirio efectuado el 6 de octubre de 1973, en el Día de la Expiación, fue exitosamente repelido por el ejército israelí. En los siguientes años, negociaciones diplomáticas permitieron relajar algo la tensión fronteriza. En particular, Israel mejoró sus relaciones con Egipto en 1977, cuando por el acuerdo de Camp David le restituyó la península del Sinaí.

La última agresión que debió soportar Israel fue la desencadenada por Irak en la reciente Guerra del Golfo (1991). A pesar de los daños y las bajas producidas, y de la amenaza de ataques con armas químicas, el estado israelí evitó sabiamente reaccionar con un contraataque que hubiese podido resultar contraproducente debido a la inestabilidad de la alianza de las fuerzas conjuntas con algunos países árabes. La estrategia israelí resultó, una vez más, acertada.

Problemas pendientes

En sus cuarenta y cuatro años de vida, el Estado de Israel ha vivido bajo constante amenaza de guerra. Como consecuencia, se ve obligado a gastar más de la quinta parte de su producto bruto en defensa. El servicio militar obligatorio dura tres años para los varones y dos para las mujeres.⁹

Otro problema es de orden interno, y concierne a la tolerancia religiosa. Los ultraortodoxos están organizados políticamente, y algunos de ellos han llevado a cabo diversos actos de agresión en contra de los cristianos. La intolerancia religiosa de los ultraortodoxos, que pese a ser una minoría del 5% se consideran los guardianes de la fe de sus connacionales, ha alcanzado mediante diversas formas de coerción también a los judíos.

Recientemente un abogado de Jerusalén, Uri Huppert, publicó un libro titulado *De vuelta al Ghetto (El sionismo*

en retirada), que trata del surgimiento del extremismo religioso y la intolerancia en el Estado de Israel.¹⁰ Los extremistas, que están organizados políticamente, se han caracterizado por apoyar cualesquiera medidas en lo civil, militar, económico y político, con tal de obtener legislación que apoye sus creencias y observancias religiosas.

En 1989, la población total de Israel era de 4.406.500 habitantes, de los cuales 90% vive en las ciudades. El 82% de la población israelí es judía, el 13% musulime, el 2,3% cristiana, y el resto pertenece a otras comunidades religiosas minoritarias.

El desarrollo social, económico y político de este pequeño gran país lo coloca entre las naciones más adelantadas del mundo, y está fuera de toda proporción con su exigua superficie de 27.800 kilómetros cuadrados.